

EL OCASO DE LO HUMANO

Moralidad y responsabilidad crítica en Konrad Lorenz

Hace pocos meses fallecía Konrad Lorenz, el gran investigador austriaco que había dedicado lo mejor de su vida al estudio del comportamiento de los seres vivos. Nacido en Viena en 1903, obtuvo en 1973 el premio Nobel de Medicina y Psicología como coronamiento y recompensa a sus investigaciones.

Sus intereses, sin embargo, no se limitaron al estudio de la conducta animal. Etólogo de profesión, pero filósofo por temperamento y aficiones, también se ocupó de las pautas de conducta del hombre y de su influjo en el futuro de la especie. Sobre todo en sus últimos escritos, se mostró profundamente preocupado por la ruta evolutiva que la humanidad ha emprendido desde hace algunos decenios. También médico, además de naturalista y filósofo, creyó detectar síntomas inequívocos de *enfermedad* entre los componentes de las sociedades humanas más desarrolladas. Y síntomas tan graves, a su entender, que si no se aplica pronto una terapia eficaz, es muy probable que la especie humana acabe por extinguirse. En este contexto habla de «los pecados mortales de la humanidad civilizada»¹ y del «ocaso de lo humano»².

Ahora bien, como buen profesional de la medicina, no se limitó a describir los síntomas que justificaban su poco optimista diagnóstico, sino que se ocupó también de su etiología y, sobre todo, de prescribir una terapia conducente al

1 K. Lorenz *Die acht Todsünden der zivilisierten Menschheit*, Piper, München 1973. De ahora en adelante abreviaré esta obra con *ATS*.

2 K. Lorenz *Der Abbau des Menschlichen*, Piper, München 1983. De ahora en adelante abreviaré esta obra con *AM*. Otras publicaciones que se ocupan de la temática de este trabajo son: *Das sogenannte Böse*, Borota-Schoeler, Wien 1963. *Ueber tierisches und menschliches Verhalten*, Piper, München 1971-1974. *Die Rückseite des Spiegels*, Piper, München 1975. *Das Wirkungsgefüge der Natur und das Schicksal des Menschen*, Piper, München 1983. En adelante, abreviaré esta última obra con *WGN*. La traducción de todos los textos citados en este trabajo es mía.

restablecimiento del paciente. Terapia que, según él, debería consistir fundamentalmente en un cambio radical de nuestras valoraciones (Umwertung). Se impone una nueva praxis colectiva, fundamentada en un nuevo proyecto moral, si queremos evitar la catástrofe hacia la que la humanidad camina con pasos agigantados. Su nuevo proyecto moral se apoya en una serie de supuestos filosóficos que intentaré explicitar en este trabajo, siguiendo el siguiente esquema expositivo:

I. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA COSMOVISIÓN LORENZIANA

1. El Universo
2. El hombre
3. Condicionantes del comportamiento humano
4. Los valores
5. Lo Transcendente

II. SÍNTOMAS DEL DIAGNÓSTICO

III. TERAPIA

IV. CONSIDERACIONES CRÍTICAS

I. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA COSMOVISIÓN LORENZIANA

1. *El universo*

Una de las características más llamativas del universo lorenziano es el ser un sistema evolutivo sin metas previstas de antemano. Sus polimorfos componentes no surgieron por la actividad de una Inteligencia, ni son el reflejo en el tiempo de modelos eternos. Son totalmente imprevisibles. Y es por esto por lo que K. Lorenz califica de «creadora» (schöpferisch) a la evolución³.

Esta actitud no es nueva en el pensamiento occidental cuyo principal problema, en sus albores, consistió en determinar las sustancias últimas de que surge la diversidad y el modo concreto de originarse ésta. Y es curioso que, ya desde el principio, los espíritus estuviesen profundamente divididos ante el problema de explicar el origen del orden que creemos detectar en el universo. El orden y la belleza ¿pueden deberse al azar? ¿O es necesario recurrir para explicarlos a una causa planificadora?

Hubo pensadores, como los jonios, que concibieron hylozoísticamente las primeras sustancias y atribuyeron a su intrínseca vitalidad el surgimiento de lo

3 AM, 57-80.

múltiple. Otros, como los atomistas, atribuyeron el origen de los mundos a una especie de ciego y eterno fatalismo mecánico, sin nombre y sin metas⁴. Un caso curioso fue Empédocles, el filósofo siciliano de lengua de oro, que al interrogarse por el origen de los seres vivos propone una teoría que, desde el punto de vista formal, coincide prácticamente con la que Darwin habría de proponer más adelante. Las formas vivas que conocemos y que tanto nos admiran fueron configuradas por una especie de selección *natural*, ejercida sobre combinaciones fortuitas de órganos que vagaban desordenadamente⁵.

Si hemos de hacer caso a Aristóteles, Anaxágoras fue el primer pensador que atribuyó el orden del mundo a la acción de una Inteligencia planificadora, calificándolo por ello de «sobrio y prudente en comparación con los antiguos, amigos de decir cosas banales»⁶. Este tipo de explicación fue aceptado por Platón⁷ y se difundió durante todo el Medioevo a través del cristianismo, que considera el universo como obra de un Dios inteligente.

El transformismo biológico darwiniano supuso un primer ataque serio a este modelo de explicación. No solamente porque cuestionaba la existencia de modelos eternos, sino porque atribuía la transformación de unas formas de vida en otras a un mecanismo causal en que está ausente toda planificación inteligente. El darwinismo clásico ha sido complementado en nuestros días, pero su esquema explicativo causal continúa siendo el mismo⁸.

En su cosmovisión, K. Lorenz acepta decididamente el modelo darwinista, oponiéndose vigorosamente a lo que él denomina «creencia en un orden cósmico finalizado» (*zweckgerichtetete Weltordnung*)⁹. Lo que, según él, caracteriza a

4 «Todas las cosas se hacen por necesidad, siendo el giro (a quien llamamos necesidad) la causa de la generación de todo». Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* II (Teorema, Barcelona 1985) 197.

«Hay algunos (se refiere) a los atomistas) que atribuyen al azar la causa, tanto del firmamento como de todos los mundos». Aristóteles, *Física* II, 4, 196 a 24.

5 «Brotaron sobre la tierra numerosas cabezas sin cuello, erraban brazos sueltos, faltos de hombros, y vagaban ojos solos, desprovistos de frentes». Aristóteles, *De Coelo* III, 2, 300 b 30.

«Donde todas las cosas acontecieron como si en su génesis estuvieran orientadas a un fin determinado, estos seres sobrevivieron, a pesar de estar constituidos por azar de un modo apto». Aristóteles, *Física* II, 8, 198 b 29.

6 «Por eso, cuando alguien dijo que, igual que en los vivientes, también en la Naturaleza había un Entendimiento que era la causa del mundo y del orden, se mostró como un hombre prudente frente a las divagaciones de los anteriores. Sabemos con seguridad que Anaxágoras adoptó este punto de vista». Aristóteles, *Metafísica* I, 3, 984 a - 984 b.

7 Platón, *Filebo* 28 c - 31 a. *Sofista* 265 d. *Leyes* 888 ss.

8 La moderna Genética ha proporcionado una fuente de variabilidad transmisible de la que Darwin no dispuso en su tiempo. Por otra parte, el transformismo se ha *universalizado*: Ya no se refiere solamente a la biosfera, sino que se ha extendido a todas las formas de ser (átomos, estrellas, etc...). Finalmente, se piensa que no solamente la anatomía es genéticamente transmisible, sino también las pautas instintivas e innatas de comportamiento.

9 AM, 21 ss.

la cosmogénesis en general y la aparición de las formas de vida en particular, es su carácter absolutamente imprevisible (*Ungeplantheit der Stammesgeschichte*)¹⁰. Confiesa que, de manera instintiva, es absolutamente contrario a cualquier tipo de planificación en el acontecer mundano, ya que ello «acabaría necesariamente con la libertad humana»¹¹. Cree, además, que «la liberación de toda finalidad establecida de antemano, es esencial para la captación de los valores» (*Wertempfindung*)¹². Finalmente, aduce algunos hechos relevantes de su campo específico de investigaciones, que parecen oponerse frontalmente a la existencia de planificación previa por parte de una inteligencia transcendente. Estos hechos serían los siguientes:

- a) La presencia en la naturaleza viviente de órganos y funciones sin ninguna finalidad, o incluso perjudiciales¹³.
- b) El carácter zigzageante del proceso filio genético.
- c) La existencia de callejones evolutivos sin salida (*Sackgassen der Evolution*).
- d) La existencia de evoluciones regresivas¹⁴.

El Universo lorenziano, por lo tanto, es un sistema evolutivo sin metas ni destino, cuya más importante característica es su imprevisible creatividad.

2. El hombre

El hombre sería ante todo *un hijo de la tierra*. Somos totalmente de este mundo (*ganz und voll dieser Welt*) y es en él donde hemos de buscar el cumplimiento de nuestro destino¹⁵. La especie humana no debe su existencia a ningún tipo de plan o previsión. Surgió, como las demás formas de vida, de manera imprevisible y no es más que un eslabón efímero en la larga cadena de los seres vivos (*ein ephemäres Glied in der Kette des Lebendigen*)¹⁶. Incluso es posible que su evolución no esté aún concluida y que no sea otra cosa que un peldaño evolutivo provisorio (*Entwicklungsstufe*) hacia lo verdaderamente humano¹⁷.

10 *Ibidem*, 17-84. *WGN*, 24-35.

11 *AM*, 22.

12 *WGN*, 33

13 «El investigador de la historia de las especies se ve continuamente confrontado con errores evolutivos y fallos de construcción que indican una tal falta de previsión, que ni siquiera serían atribuibles a un agente humano». *WGN*, 27.

14 «El árbol de la vida no crece de abajo hacia arriba... desde cada peldaño de la escala de la vida hay tantos caminos que conducen hacia abajo como caminos que conducen hacia arriba». *WGN*, 27.

15 *AM*, 281.

16 *Ibidem*, 281.

17 *Ibidem*, 281.

K. Lorenz rechaza, incluso con una cierta violencia, el que el hombre pudiera ser imagen (*Abbild*) de Dios. Tal pretensión constituiría una impía arrogancia (*eine frevelhafte Ueberheblichkeit*) y no implicaría precisamente una alabanza para Dios:

«Si debiera admitir que un Dios omnipotente planificó el ser humano, tal y como éste está representado por el tipo medio de quienes componen la especie, comenzaría a dudar verdaderamente de Dios. Si un ser tan malo y tan estúpido en su actuar colectivo fuese la imagen de Dios, no me quedaría más remedio que exclamar: ¡ Qué Dios tan triste!»¹⁸.

Considera, sin embargo, que el hombre es algo peculiar en la naturaleza, puesto que es capaz de pensar y posee un lenguaje simbólico. Y es precisamente este lenguaje lo que le permite «almacenar» y transmitir sus adquisiciones culturales a su descendencia, sin necesidad de modificar su genoma¹⁹.

3. *Condicionantes del comportamiento humano.*

El comportamiento de los seres vivos, incluido el hombre, dependería en buena parte, según K. Lorenz, de sus genes. En efecto, en el genoma estarían codificados, no solamente los caracteres morfológicos específicos de cada viviente, sino también gran parte de sus *pautas instintivas de conducta*.

Los distintos genomas habrían surgido totalmente al azar, a lo largo de una dilatada historia evolutiva, y habrían estado constantemente sometidos a la implacable criba de la selección natural. Esto significa que solamente se han codificado y fijado aquellas combinaciones genéticas que codifican los órganos, funciones y comportamientos más útiles para la continuidad de la especie.

En el caso concreto del hombre, K. Lorenz habla de «inclinaciones genéticamente programadas»²⁰ y de «programas innatos de comportamiento».²¹ También habla, en clara alusión a los a-prioris cognoscitivos kantianos, de «formas innatas de experiencia, correspondientes a pautas de conducta filogenéticamente programadas»²². En otro contexto, y refiriéndose al instinto de disfrute y aversión, lo define como «un mecanismo que se formó durante la evolución de

18 *Ibidem*, 285.

19 *Ibidem*, 145. *Ibidem*, 197.

20 *Ibidem*, 150.

21 *Ibidem*, 151.

22 *Ibidem*, 113.

la especie humana, del mismo modo que *otros programas innatos de comportamiento*»²³.

La idea de K. Lorenz es que las respuestas comportamentales de las distintas formas de vida a los estímulos y desafíos de un entorno en continuo devenir, están condicionados por sistemas neurosensoriales, surgidos como consecuencia de cambios genéticos acaecidos al azar y consolidados, al ser teleonómicos, por la selección natural.

Piensa K. Lorenz, sin embargo, que esto no significaría, como pretende el behaviorismo extremo, que *todas* las respuestas comportamentales de *todos* los seres vivos son reacciones puramente mecánicas a estímulos físicos externos. En los vivientes más evolucionados, sobre todo en el caso del hombre, las pautas comportamentales siempre están aureoladas de un cerco emocional de sentimientos y valoraciones, de cuya realidad e importancia no cabe dudar²⁴. Además, la conducta humana también está poderosamente influenciada por pautas adquiridas, recibidas a través del proceso de transmisión de la cultura.

K. Lorenz admite en el hombre la capacidad de tomar decisiones libres (¿Qué sentido tendría de otro modo su proyecto moral?)²⁵.

Ahora bien, esta libertad no es onnómada, sino que se ejerce en el interior de los concionamientos genéticos y culturales propios de la especie.

4. Los valores

K. Lorenz se pregunta también si *todas* las valoraciones morales y estéticas son adaptativas y si, por consiguiente, tienen una base exclusivamente genética. Su respuesta, a mi entender, no es todo lo clara que sería de desear.

Parece evidente que algunas valoraciones favorecen la continuidad de la especie y que, por ello, deben ser calificadas de teleonómicas²⁶. Parece igualmente razonable suponer que tienen base genética y que surgieron según el mecanismo evolutivo habitual, es decir, al azar.

Ahora bien, parece muy artificioso (*stark gekünstelt*) pretender que todos los juicios de valor tienen como única finalidad el mantenimiento de la especie, ya que existen algunos de cuya utilidad adaptativa parece razonable dudar. Por ejemplo, las valoraciones de tipo estético. ¿Cómo podría contribuir un juicio

²³ ATS, 42.

²⁴ Konrad Lorenz es decidido defensor de la realidad e importancia de las denominadas «vivencias subjetivas». AM, 98-103.

²⁵ *Ibidem*, 124. Donde habla de la responsabilidad crítica del hombre frente al deterioro del medio ambiente.

²⁶ K. Lorenz enumera algunos de ellas en AM, 112-127.

sobre lo bello al mantenimiento de la especie? Y, sin embargo, incluso en el mundo animal (y K. Lorenz aduce gran número de impresionantes ejemplos), existen comportamientos que parecen servir solamente al *juego y a la belleza*²⁷. Y no digamos si tomamos en consideración la actividad artística de la especie humana. Por otra parte, es posible que algunos comportamientos sean superfluos solamente en apariencia y que posean para la especie un valor teleonómico que se nos oculta o que apenas se nos insinúa. Si consideramos, por ejemplo, a la mujer que limpia y adorna su casa o al ganadero que mantiene limpio y lustroso su ganado, podríamos pensar que estos comportamientos no tienen un valor meramente estético, sino que también contribuyen, de algún modo, al bien de la especie²⁸.

En el caso del hombre, la valoración de armonías y belleza parece guardar relación con un sistema especial de su aparato cognitivo, que podría ser denominado de «captación de formas» (*Gestaltwahrnehmung*)²⁹. K. Lorenz califica de racionormas las funciones de este sistema y las compara con las que llevan a cabo las computadoras cuando relacionan datos distintos³⁰. No se trataría de funciones estrictamente racionales, sino racionormas y se apoyarían en la estructura innata de nuestro sistema neurosensorial y en los datos del mundo externo que éste nos proporciona. De acuerdo con su teoría general sobre el origen evolutivo de las capacidades cognoscitivas humanas³¹, piensa Lorenz que también esta facultad debió surgir como consecuencia de la presión selectiva y que, por lo tanto, también desempeña o desempeñó funciones útiles al mantenimiento de la especie³².

A pesar de todo, y después de hablar largamente sobre la posible base genética de los juicios de valor, incluidos los estéticos y morales, acaba reconociendo que en el hombre existen, además, juicios de valor que pueden ser denominados a-priori en el sentido estricto del término³³.

5. *Lo Transcendente*

K. Lorenz no es un materialista craso que rechace toda idea de transcendencia. Defendiéndose precisamente de la acusación de materialista escribe:

27 *Ibidem*, 128-132.

28 *Ibidem*, 139.

29 *Ibidem*, 132.

30 «Si existe algún dominio de la Fisiología o la Psicología en el que las máquinas calculadoras son algo más que una analogía, es el de la percepción de la forma». *AM*, 133.

31 K. Lorenz, *Die Rückseite des Spiegels*, Piper, München 1975.

32 *AM*, 139.

33 *Ibidem*, 139-140. *Ibidem*, 270.

«Parece tarea imposible hacer comprender a ciertas personas... que nuestro afán de entender este mundo... en toda su secular inmanencia (in all ihrer Disseitigkeit), no significa una renuncia a toda Transcendencia»³⁴.

En ésta, como en otras ocasiones, K. Lorenz es absolutamente estricto, interpretando Transcendencia en el sentido más restringido posible: de existir una Transcendencia, no podríamos representárnosla de ninguna manera, no debería tener ningún efecto en el mundo y ni siquiera deberíamos nombrarla. Una Transcendencia que interviniese en el mundo, del modo que fuese, se negaría a sí misma. Incluso una Transcendencia que, al modo del mundo ideal platónico, fuese solamente meta y modelo de las realidades mundanas, dejaría con ello de ser transcendente.

La evolución, por lo tanto, no en la realización espacio temporal del plan inteligente de una Transcendencia previsor, ni la plasmación de modelos eternos en un material caótico primitivo. Es un proceso creador e imprevisible, autosuficiente en todos los sentidos³⁵.

Piensa K. Lorenz, sin embargo, que quienes creen en un único Dios, aunque se lo representen como un iracundo y celoso caudillo tribal o un padre, saben mucho más sobre la verdadera naturaleza del mundo que cualquier reduccionista ontológico³⁶ y que en su comportamiento en relación con la naturaleza y los demás seres humanos nunca serán un obstáculo al verdadero progreso del mundo:

«El contenido de verdad del monoteísmo mantendrá al creyente en el buen camino, pues las órdenes categóricas que recibe de su Dios, coinciden con las que deben ser observadas»³⁷.

II. SÍNTOMAS DEL DIAGNÓSTICO

Como ya dejamos indicado, el diagnóstico de K. Lorenz sobre la actual situación de la especie humana no puede ser más pesimista. La humanidad está gravemente enferma. Y si no pone pronto remedio a sus actuales dolencias es posible que esté abocada a desaparecer. Veamos brevemente en qué cuadro sintomático apoya K. Lorenz su diagnóstico.

34 *Ibidem*, 282-283.

35 *Ibidem*, 283.

36 *Ibidem*, 284.

37 *Ibidem*, 285.

1. *Las sociedades desarrolladas como fuente de conflictos*

Como consecuencia de las manipulaciones del hombre, las condiciones de su entorno (sobre todo las de los habitantes de las grandes ciudades) han sufrido cambios tan profundos y radicales, que todo el sistema de inclinaciones y tendencias innatas, laboriosamente fijadas a lo largo de una selectiva filogénesis, *han dejado de ser adaptativas*. La Tecnología moderna ha hecho que el medio ambiente se modifique con tal rapidez y tan profundamente, que las pautas comportamentales innatas de la especie humana, teleonómicas en relación con el mantenimiento de la especie hasta hace muy poco, han quedado irremediablemente desfasadas al no poder evolucionar al mismo ritmo. La trágica consecuencia de esta situación es que en la especie humana continúan operativos instintos y tendencias que la impulsan a comportamientos *actualmente nocivos*, tanto para el individuo, como para la especie.

Muchos serían los ejemplos que, según K. Lorenz, podrían aducirse, pero podemos limitarnos a algunos de los más llamativos. Comencemos por la tendencia a comer más de lo conveniente: En una época en que no estaba asegurada, como en nuestros días, la próxima comida, era correcto (y a veces necesario) el comer todo lo que se pudiese, cuando había ocasión para ello. En nuestros días, sin embargo, esta tendencia innata puede tener, y está teniendo de hecho, consecuencias catastróficas en las sociedades evolucionadas. Y otro tanto podría decirse de la tendencia a la pereza o la cobardía, útiles en otra época para la continuidad de la especie:

«Los esfuerzos necesarios para conseguir una presa eran tan grandes, que lo más prudente consistía en no gastar innecesariamente más energías de las estrictamente necesarias. Y los peligros que constantemente acechaban al hombre eran tan grandes, que el correr riesgos innecesarios se convertía en irresponsabilidad. Y una prudencia, rayana en la cobardía, era la única norma correcta de conducta»³⁸.

K. Lorenz enumera todo un largo catálogo de tendencias innatas que han dejado de ser adaptativas en el entorno ambiental de las sociedades avanzadas para convertirse en lastre. Por ejemplo, la tendencia al crecimiento exponencial de la población, el deseo de competir, el ansia de dominio y posesión, el carácter jerárquico de la sociedad, la división extrema del trabajo, la especialización a

38 ATS, 43.

ultranza, etc... Estas inclinaciones innatas, beneficiosas en un tiempo para la especie, han conducido en nuestros días a situaciones muy difíciles para el hombre individual³⁹. Las condiciones en que la vida del hombre actual se desenvuelve son tales, sobre todo en las grandes aglomeraciones urbanas, que éste se ve constantemente obligado a hacer violencia a todo su sistema innato de instintos:

«Las normas y las prohibiciones que han ido surgiendo en el curso de la evolución cultural nos obligan a contradecir constantemente los programas innatos de nuestro comportamiento»⁴⁰.

2. Trágicas consecuencias para la especie humana

K. Lorenz califica de «deletéreas» las consecuencias que el desequilibrio instintos-condiciones ambientales acarrea a la especie humana⁴¹. Como los médicos clásicos, piensa que la salud (tanto en los individuos, como en las sociedades) depende fundamentalmente de un *equilibrio*. Y aduce como ejemplo llamativo el sistema endocrino de las especies más evolucionadas⁴². Por lo tanto, si el equilibrio entre las tendencias innatas de la especie humana y sus condiciones ambientales, tan trabajosamente obtenido a lo largo de una selectiva filogénesis, se ha roto en nuestros días, podemos y debemos hablar de *auténtica enfermedad*. Enfermedad, que como siempre, va acompañada de una sensación de desazón y malestar (Unbehagen). El individuo singular, especialmente, tras haber perdido el sentido del Todo de que forma parte, constata cada vez más claramente que sus deseos y tendencias personales apenas si cuentan en la nueva organización social de que forma parte:

«El desarrollo cultural parece preocuparse muy poco del bienestar individual... Necesidades provenientes de las disposiciones innatas del hombre singular y que deberían ser satisfechas parecen tener muy poca influencia en la dirección que la evolución de la cultura ha tomado»⁴³.

3. Actuales neurosis de la especie humana

Piensa K. Lorenz que la especie humana ha desarrollado en nuestros días toda una serie de neurosis. Neurosis que no deben ser confundidas con los ins-

39 A lo largo de numerosas y dramáticas páginas, K. Lorenz pasa revista a las disfunciones por las que la humanidad se ve actualmente afectada. *AM*, 155-193.

40 *AM*, 151.

41 *ATS*, 45.

42 *AM*, 115

43 *Ibidem*, 153.

tintos actualmente desfasados a que acabamos de referimos. Se trata de algo nuevo, que podemos calificar de *auténticas locuras individuales y colectivas*⁴⁴. El define la neurosis como un proceso en el que determinadas ideas son sobrevaloradas hasta el punto de dominar toda la persona afectada por ellas y con la capacidad de reducir a silencio toda otra motivación⁴⁵.

Entre las neurosis que K. Lorenz describe, están el desmesurado afán de dinero y poder, el reduccionismo ontológico (no existe más que un tipo de seres en nuestro universo), el cientifismo, el distorsionamiento del sentido de la realidad (*Wirklichkeitsverschiebung*), las doctrinas pseudodemocráticas, la indoctrinación y la propaganda⁴⁶, la necesidad de satisfacer inmediatamente y sin esfuerzo todas nuestras apetencias, la incapacidad para el trabajo prolongado y penoso⁴⁷, la ceguera para los valores éticos y estéticos⁴⁸, etc...

Estas enfermedades toman su origen en decisiones individuales y colectivas y no son enteramente atribuibles al desfase genético a que antes nos hemos referido. Con ellas se completa el sombrío cuadro de una humanidad que parece decidida al suicidio colectivo. Como el aprendiz de brujo, el hombre ha conjurado espíritus y ha puesto en movimiento fuerzas que apenas si puede ya dominar:

«El hombre ha cambiado y está cambiando su propio entorno, la mayor parte de las veces en perjuicio tanto propio como del entorno. Momentáneamente parece decidido a destruir la comunidad de los seres vivos sobre la tierra y con ello suicidarse»⁴⁹.

III. TERAPIA

A pesar de un diagnóstico tan pesimista, K. Lorenz no desespera de que la humanidad pueda aún sanar de sus enfermedades, restableciendo el equilibrio perdido. Aún es posible la esperanza⁵⁰. Cree incluso detectar indicios que apuntan en la dirección del restablecimiento⁵¹. Ahora bien, nada será posible si el hombre no

44 *Ibidem*, 194.

45 *Ibidem*, 194-195.

46 *Ibidem*, 194-228.

47 *ATS*, 39-50.

48 *Ibidem*, 23-31.

49 *AM*, 145-146.

50 Este es el significativo título que se ha dado a una antología del pensamiento de K. Lorenz: *Noch kann man hoffen*, DTV, München 1986.

51 *AM*, 241-282.

comienza a fundamentar sus decisiones en la *responsabilidad crítica* (*kritische Verantwortlichkeit*) que le compete como ser libre y racional⁵². Como médico que es, piensa que el primer paso conducente al restablecimiento de una enfermedad es el conocimiento exhaustivo de su etiología⁵³. Tarea a la que, como hemos visto, dedica muchas páginas y esfuerzos. Ahora bien, la tarea de un médico implica también la prescripción de una terapia adecuada. Y fue a esta tarea a la que K. Lorenz dedicó al final de su vida sus mayores esfuerzos.

A primera vista se podría pensar que la mejor solución consistiría en que un proceso selectivo, en todo semejante al que ha presidido la historia de la filogénesis, favoreciera el *implantamiento y difusión de nuevas combinaciones genéticas, más acordes que las antiguas en relación con las nuevas condiciones ambientales*: Los viejos genes del neolítico deberían ser parcialmente substituidos por otros que codificasen tendencias y comportamientos más adecuados a las nuevas circunstancias. En teoría, nada parece oponerse a que algo semejante pudiera suceder. Ahora bien, el ritmo de los cambios genéticos es tan inimaginablemente lento en comparación con la velocidad con que la especie humana transforma el medio ambiente, que resulta ilusorio esperar un restablecimiento del equilibrio mediante este mecanismo⁵⁴. Máxime si tenemos en cuenta que la selección natural apenas si se ejerce en nuestros días en la especie humana, puesto que han sido prácticamente eliminadas las plagas, carestías, enfermedades contagiosas y depredadores que antaño la amenazaban y diezmaban. Los mínimos cambios genéticos que de forma natural puedan surgir en la especie humana, siempre caminarían con retraso en relación con los cambios ambientales. ¿Podría pensarse, quizás, en ayudarse de la actual ingeniería genética, provocando los cambios deseados a una velocidad adecuada? Piensa K. Lorenz que, hoy por hoy, también esto es irrealizable, puesto que ignoramos prácticamente todo sobre el modo en que los comportamientos son codificados por los genes. Y no tenemos ni idea de cómo modificar el genoma en orden a provocar comportamientos más adecuados. Por otra parte ¿quién determinaría y con qué criterios cuáles son esos comportamientos?

El único camino que nos quedaría expedito es, ante todo, *el detener, o al menos aminorar, el ritmo con que deterioramos el habitat de la especie*. Para ello, la especie humana debe llevar a cabo una profunda revolución en el

52 AM, 124.

53 *Ibidem*, 114.

54 «Como hemos repetido frecuentemente, los cambios ambientales son tan rápidos, que no existe ninguna esperanza de que se produzca una adaptación filogenética a las nuevas circunstancias». AM, 208.

«La velocidad con la que el hombre cambia su entorno mediante la tecnología es tan grande que, en comparación con ella, se puede decir que apenas si se mueve la evolución filogenética». *Ibidem*, 146.

modo de valorar las cosas. Y el hombre poseería, según K. Lorenz, el modo de llevar a cabo esta revolución. Y es que la especie humana no dispone solamente de un mecanismo genético para la implantación y difusión de pautas de conducta. Como poseedor de un lenguaje simbólico, dispone de un mecanismo *noológico* mucho más rápido y eficaz: la transmisión cultural mediante la educación. En el caso del hombre, *las pautas de comportamiento adquiridas* pueden ser rápida y eficazmente difundidas y consolidadas mediante la educación.

Se impone, por lo tanto, un cambio radical en los métodos y programas educativos, con el fin de provocar un cambio de valores (Umwertung). El esfuerzo debería dirigirse principal, pero no exclusivamente, a los más jóvenes⁵⁵, puesto que es muy difícil hacer cambiar de mentalidad a quienes, desde niños, fueron educados en el aprecio de lo que K. Lorenz denomina «sociedad tecnocrítica»⁵⁶. Lo primero que habría que lograr es que la humanidad dejase de deteriorar el habitat terrestre al ritmo que lo hace y crear organizaciones sociales más acordes con las auténticas necesidades de la especie humana y no con la eficacia productiva⁵⁷. Pero ¿cómo convencer al hombre a que renuncie al uso de determinadas tecnologías o al crecimiento económico exponencial, cuando ha sido educado desde niño para esperar de ellos, y solamente de ellos, el mejoramiento de su condición? ¿Cómo reparar los daños ya causados? K. Lorenz es bastante pesimista y desconfía de que el hombre se decida a tomar las decisiones que realmente conducirían a una mejora de su situación.

Por lo tanto, dado que es prácticamente imposible dar marcha atrás en relación con los cambios ambientales y sociales acaecidos en los últimos decenios; y considerando prácticamente imposible que sobrevengan y se fijen nuevas combinaciones genéticas que programen juicios de valor y pautas de comportamiento acordes con las nuevas circunstancias, el único camino que nos queda es provocar y difundir, mediante el mecanismo *noológico* de la inculturación educativa, las nuevas actitudes comportamentales que la situación exige. Entre otras medidas, K. Lorenz propone:

a) El frecuente contacto (Umgang) de los jóvenes con la naturaleza misma, provocando en ellos su conocimiento y amor, animándoles a que hagan colecciones o a que cuiden animales o plantas. De este modo «se les hará patente de manera exhaustiva la grandeza y belleza de este mundo»⁵⁸.

55 AM, 242, 245.

56 *Ibidem*, 242.

57 *Ibidem*, 244.

58 *Ibidem*, 247.

b) Inculcarles que «es un error pensar que lo único real es aquello que se puede cuantificar exactamente»⁵⁹.

c) Instruirles adecuadamente en las técnicas de la propaganda, para de ese modo inmunizarlos contra las manipulaciones⁶⁰.

d) Despertar en ellos la curiosidad por aquellas zonas de lo real que aún nos son desconocidas⁶¹.

e) Educarlos en la contemplación de las armonías presentes en el mundo y en algunas obras humanas⁶².

f) Educarlos en la compasión (Mitgefühl) con todo lo que vive, sobre todo cuando sufre⁶³.

g) Enseñarlos a rechazar toda forma de mentira⁶⁴.

K. Lorenz parece firmemente convencido de que este tipo de educación hará posible a los jóvenes «la percepción de los valores: de lo bello y de lo odioso, de lo bueno y de lo malo, de lo sano y de lo enfermo»⁶⁵. Afirma con énfasis, que es posible enseñar a los niños y jóvenes a distinguir lo verdadero de lo aparente y de lo falso y a discernir lo que carece de sentido de aquello que lo tiene. Y se queja amargamente de que estas fundamentales cuestiones hayan desaparecido de los modernos programas educativos, que se han convertido en un aséptico proceso mecánico de transmisión de conocimientos⁶⁶.

La aplicación de estas medidas educativas conduciría, finalmente, al reconocimiento de que nuestro Universo es portador de valores que pueden provocar en nosotros sentimientos de respeto y veneración (ehrfurchtgebietende Werte). No es necesario, por lo tanto, *buscar un sentido al mundo fuera de él*, en algo extrahumano o sobrenatural. Nuestro Universo contiene suficientes valores como para colmar las aspiraciones del corazón humano⁶⁷.

Piensa por otra parte K. Lorenz (que es un profundo conocedor y admirador de Kant) que existen en el hombre juicios de valor (Wertempfindungen), que están presentes en todos los hombres y que no dependen ni de los genes ni de la tradición cultural. Juicios valorativos a-priori que ni siquiera necesitan ser enseñados, sino que emergen por sí mismos y con toda seguridad, desde el mo-

59 *Ibidem*, 248.

60 *Ibidem*, 249.

61 *Ibidem*, 253.

62 *Ibidem*, 257-258.

63 *Ibidem*, 259-261.

64 *Ibidem*, 263.

65 *Ibidem*, 246.

66 *Ibidem*, 249.

67 *Ibidem*, 271.

mento en que el hombre es puesto frente a los auténtidos datos que la realidad natural nos ofrece⁶⁸.

IV. CONSIDERACIONES CRÍTICAS

El esfuerzo de K. Lorenz por fundamentar especulativamente una nueva actitud moral de la especie humana frente al constante deterioro del planeta que habita y frente a las poco humanas condiciones y estructuras sociales con que organiza su convivencia, no merece sino respeto. Personalmente, creo que su diagnóstico es correcto en sus líneas generales y que su descripción de síntomas se ajusta a lo que realmente está ocurriendo ante nuestros ojos. La especie humana está destruyendo su entorno natural a un ritmo tan acelerado y está organizando su vida social de modo tan absurdo, que ya se pueden vislumbrar como cercanas las nefastas consecuencias de su irresponsabilidad. El habitat natural y las condiciones de convivencia en las grandes aglomeraciones, con su anonimato, se corresponden tan poco con las naturales inclinaciones del hombre, que no es extraño que el número de desadaptados haya aumentado tan vertiginosamente en los últimos decenios.

Tiene razón K. Lorenz, cuando advierte de los peligros de una educación aséptica en valores. ¿En nombre de qué se va a pedir a alguien que renuncie a sus inclinaciones naturales, cuando éstas no se corresponden con los dictámenes de la responsabilidad crítica?

Levantar la voz contra la actual situación de desfase y desequilibrio, procurar el bienestar para la colectividad humana y promover las reformas morales que a él conduzcan, son ideales que toda persona honrada no puede sino compartir.

Ahora bien, proclamado este asentimiento de principio con K. Lorenz, me gustaría poner de relieve algunos puntos discutibles de la solución que propone.

En primer lugar, y sin querer entrar en una crítica detallada de las tesis fundamentales de su cosmovisión, me referiré brevemente a su argumentación en contra de la existencia de cualquier tipo de finalidad planificadora en el desarrollo de los procesos cósmicos. Creo que su noción de finalidad es demasiado estrecha y exigente y que es precisamente por eso por lo que la rechaza. «Finalizado» significa para él «predeterminado» (vorherbestimmt)⁶⁹, «fatalmente

68 *Ibidem*, 270.

69 *Ibidem*, 17.

predeterminado» (schicksalhaft vorausbestimmt)⁷⁰, «fatalmente preestablecido» (schicksalhaft vorgeschrieben)⁷¹, etc... Partiendo de esta noción tan absolutamente fatalista de finalidad, no es extraño que instintivamente se rebele contra la idea de que el mundo evoluciona de esta manera. A mí me sucede algo semejante. Ahora bien, *la noción de «finalidad» no tiene por qué ser interpretada en el sentido absolutamente determinista que K. Lorenz le atribuye*. También puede significar la existencia de una *dirección general en la historia del mundo*, sin que ello implique una planificación absolutamente fatalista y hasta los últimos detalles. No hace falta que el camino evolutivo sea siempre completamente recto. La finalidad no excluye la presencia de regresiones o zigzageos. Ni mucho menos la corresponsabilidad del hombre en la marcha del futuro del universo. Basta con que la dirección general del movimiento esté orientado hacia una meta última general.

En segundo lugar, creo que hay una cierta inconsistencia entre las lamentaciones que K.Lorenz entona ante el deterioro del medio ambiente y la posible desaparición de la especie humana y el estatuto ontológico que a ambos atribuye. ¿Por qué lamentarse por el deterioro de un equilibrio ecológico que es fruto de causas ciegas? ¿Solamente porque es adecuado para la supervivencia de la especie humana? ¿Acaso no es normal que todo sistema físico evolucione y se deteriore? ¿Es que esto no ha ocurrido ya en otras muchas ocasiones? ¿Por qué lamentarse de que la humanidad esté enferma, cuando, como él mismo reconoce, es éste el destino normal de todo cuanto vive⁷²? ¿A qué viene tanto duelo por la posible desaparición de la especie humana, si ésta no representa otra cosa que «un eslabón efímero en la cadena de lo viviente»⁷³? ¿Acaso no han desaparecido del mismo modo otras especies? ¿Qué es lo que torna tan importante a la especie humana? ¿Simplemente el que *nosotros pertenezcamos a ella*?

Solamente si se parte del presupuesto de que *el hombre representa algo absoluto en la naturaleza* se puede entonar, con una cierta lógica, un lamento por la desaparición de la especie humana o por el deterioro de las condiciones ambientales que hacen posible su supervivencia. Si alguien piensa, por ejemplo, que la importancia del hombre en la naturaleza no es mayor que la que tienen el canto de las ranas o el rumor del viento en las hojas, no tiene por qué lamen-

70 *Ibidem*, 26.

71 WGN, 26.

72 «Dado que todos los sistemas vivos están constantemente amenazados por disfunciones, tanto internas como externas, se puede decir que toda vida está constantemente amenazada por la enfermedad y la muerte». AM, 254-255.

73 AM, 281.

tar su desaparición. Lo mismo que sucedió con otras formas de vida, si la especie humana no sabe adaptarse a los contornos cambiantes de un mundo en evolución, su destino normal y lógico es la extinción progresiva. Esta es la ley evolutiva general y no tiene por que ser interpretada como una tragedia. Lamentar, por tanto, la desaparición de lo humano partiendo de los presupuestos antropológicos lorenzianos, carece de base lógica consistente. Si el hombre no es algo especial, si no representa algo peculiar en la naturaleza, *tampoco hay ningún motivo especial para lamentar el que no continúe como especie*. Y promover su continuidad por todos los medios sólo puede deberse a egoísmo atávico o a antropocentrismo irreflexivo y nostálgico. Se cuenta del filósofo Anaxágoras que al serle comunicada la noticia de la muerte de sus hijos se limitó a decir, impasible, que no ignoraba haberlos engendrado mortales⁷⁴. Creo que ésta debería ser la postura lógica de quienes no admiten un estatuto ontológico especial del hombre en la naturaleza, ante la posibilidad de la extinción de la especie a que pertenece o el deterioro de su hábitat.

Por otra parte, creo que K. Lorenz pone demasiadas esperanzas en su programa educativo. En primer lugar, por la dificultad de convencer a los responsables de que dicho programa se ponga efectivamente en marcha. Y en segundo lugar, por los resultados que de hecho podría tener. Como Sócrates, K. Lorenz parece suponer que una adecuada información y el convencimiento intelectual que de ella se seguiría, *conducirían inexorablemente a la acción correcta*. Pero, si como él mismo reconoce, muchas de las disposiciones innatas de la especie humana continúan operantes en ella, a pesar de haber dejado de ser adaptativas ¿basta una educación adecuada para acabar con el egoísmo personal o colectivo, la pereza o el afán de poder? ¿será suficiente el convencimiento intelectual para vencer la fuerza de instintos y apetencias genéticamente arraigadas en la especie humana? El recurso de Lorenz es apelar a la educación y a la responsabilidad crítica. Sin querer negar que esto pueda constituir una poderosa ayuda, me parece poco probable que el hombre, *si no tiene otras motivaciones complementarias*, renuncie a continuar deslizándose, personal y colectivamente, por la fácil pendiente de la satisfacción de sus apetencias innatas. Incluso aunque esto pudiera significar la muerte colectiva. Para confirmar este temor, creo que basta con recordar algunos acontecimientos recientes de la historia del hombre. Creo que lo que K. Lorenz propone es *demasiado poco* para poner a la humanidad en movimiento. Pero confieso que, partiendo de la visión que K. Lorenz tiene del hombre y del mundo, no encuentro una alternativa más convincente.

74 Diógenes Laercio, o. c. I, 94.

Es posible que las cosas cambiasen, *si se partiese de presupuestos metafísicos distintos de los suyos*. Por ejemplo, si se viese en el hombre un reflejo, aunque fuese pálido y lejano, de un absoluto y en el mundo las trazas de una Inteligencia Ordenadora. No creo que esto paralizase, como K. Lorenz teme, la acción humana. Pienso más bien lo contrario (con tal que la noción de planificación no se interprete en el sentido absolutamente determinista en que K. Lorenz lo hace). Probablemente no le falta razón a Teilhard de Chardin, cuando reclama la existencia de una meta, fuera del tiempo y del espacio, y comúnmente sentida y deseada, para que voluntades libres se pongan en marcha⁷⁵.

Lo que K. Lorenz propone es *un mínimo* a cuya realización y puesta en práctica todos deberíamos contribuir en la medida de nuestras fuerzas, *aún partiendo de presupuestos ideológicos distintos de los suyos*. No considero enteramente convincente el proyecto ético de K. Lorenz. Pero no porque no sea consistente con los presupuestos de los que parte, sino porque dichos presupuestos me parecen insuficientes para fundamentar una ética. Desde donde él parte, probablemente no se puede ir más allá. Pero la meta que nos propone nos queda demasiado cercana. Es posible que partiendo de presupuestos antropológicos distintos de los suyos puedan ser propuestas metas más ambiciosas y atractivas.

M. ARRANZ RODRIGO

75 P. Teilhard, *L'activation de l'énergie* (Seuil, Paris 1963) 118.